

Índice comentado de Santa María



FERNANDO CURIEL

Para Dolly Muhr,
donde se encuentre

UNO: ZONA DE INTERÉS

Vivo o inmortal, Juan Carlos Onetti (Montevideo, 1909; Madrid, 1994) es un clásico desconocido. Digo desconocido, no ignorado. Lo segundo habla (nos) de calculada omisión (aquel “ninguneo” del México todavía aldea regional); lo primero de simple y llana ignorancia (esos baches en los que se rompen las llantas y el chasis no pocos vehículos de la Supercarretera de la Información).

¿Ejemplos?

Por “ninguneo” entiendo las omisiones —tan intensas como las comisiones— que una cuadrilla intelectual maquina con vistas a un *who's who*, a una *lista*, a una antología, a una puja por posiciones públicas. Por ignorancia tengo, en cambio, aquella en la que incurre *Babel*, sabatino de *El País* —uno y otro muy imitados aquí—, en un número dedicado a “Las Ciudades de los Escritores”. La Venecia de John Ruskin; la Barcelona de Jaime Gil de Biedma, la Trieste de Italo Svevo, Umberto Saba y Claudio Magris; el Bloomsbury londinense de Keynes; el Berlín de Einstein y Plank; el Madrid de Galdós, Manuel Azaña y Juan García Hortelano. Pero no, ¡en su aniversario número cincuenta!, la Santa María de Onetti nacida en *La vida breve* (1950). Suceso no obstante, a fe mía, rematadamente periodístico.

Y no se me diga que el número en cuestión (3/viii/2000) trata en exclusiva excluyente de ciudades reales, no imaginarias. La serie babélica incluye justa —justamente— la Yorknapatawpha de William Faulkner (una de las fuentes nutricias, dícese, de Santa María).

Aunque no debe sorprendernos el desconocimiento. Onetti mantuvo, hasta el final, una guerra sin tregua con-

tra las tentaciones todas del poder literario. Por si a alguno no le bastan los hechos (aislamiento tachado de misantropía), recomiendo un vistazo a la prédica; autoexclusión recogida, hasta donde sé, en tres títulos: *Réquiem por Faulkner y otros artículos* (1975); *Cuentos secretos. Periquito el aguador y otras máscaras* (1986), y *Confesiones de un lector* (1995).

Un 28 de julio de 1939, Onetti escribe:

Durar frente a un tema, el fragmento de vida que hemos elegido como materia de nuestro trabajo, hasta extraer, de él o de nosotros, la esencia única y exacta. Durar frente a la vida, sosteniendo un estado del espíritu que nada tenga que ver en lo vano e inútil, lo fácil, las peñas literarias, los mutuos elogios, la hojarasca de mesa de café.

Durar en una ciega y gozosa y absurda fe en el arte, como en una tarea sin sentido explicable, pero que debe ser aceptada virilmente, porque sí, como se acepta el destino. Todo lo demás es duración fisiológica, un poco fatigosa, virtud común a las tortugas, las encinas y los errores.

Palabras, manifiesto, que su autor suscribió lo mismo en los cuarentas que en los cincuentas, en los sesentas que en los setentas, en los ochentas que en los noventas. Y así le fue, claro está. Con la crítica, con la academia, con los gobiernos cuartelarios, con los jurados, con los dispensadores de canonjías. Nada más lejano de Onetti que la prensa solícita o las fundaciones y sus quisquillosas burocracias.

DOS: GUÍA DE FORASTEROS

Viajo a Santa María cada vez que puedo. Y suelo dar testimonio. Ahí están “Fundación (y tres postales) de Santa María”, en *Los Universitarios* de Margarita García Flores.

O bien Onetti: *calculado infortunio*. O "Invicta Santa María" (capítulo de *Se garantiza el parecido*, libro por aparecer). Sin embargo, mi crónica definitiva del sitio porteño se halla en proceso. Me refiero a *Santa María de Onetti. Guía de forasteros*.

Comento, somero, su índice.

Cuatro son las partes comprendidas y, en alto grado, concluidas. La primera es un pórtico, aduana o prefacio que habla de la significación de Santa María como texto y como territorio; en suma, de las geografías imaginarias que se yuxtaponen a las reales. La lista de poblaciones rioplatenses, Cono Sur abajo, la encabezan, sí, Buenos Aires y Montevideo pero, asimismo, Santa María.

La segunda parte del libro ocúpase de la historia de la ciudad natal de Moncha Insaurralde, mejor conocida como "La novia robada". Una historia que da lo suyo a lo natural y a lo sobrenatural. Cinco son los periodos por los que discurro en la guía susodicha.

Antes de Brausen: de la fundación colonial a la mitad del siglo XX.

La ruta del héroe: de la refundación mental a la real.

Años prósperos: de la nueva fundación a la decadencia.

El incendio: de los visos de una calamidad (¿castigo divino?) a su consumación.

Y, por último:

Después del desastre: de la sobrevivencia a la nueva prosperidad signica.

La tercera parte de Santa María de Onetti. Guía de forasteros se arma con dos componentes. De una parte, los diversos parajes de la tierra onettiana. De otra, los principales sitios de interés, episodios, servicios, curiosidades, de cada uno de tales parajes.

Helos aquí:

El casco urbano o ciudad propiamente dicha.

1. El río.

2. El litoral.

3. La llanura.

4. La montaña.

5. Santamaría (sin intervalo, al escribirse o pronunciarse, entre las palabras *Santa* y *María*).

6. Nueva Santamaría.

Camineros.

La ciudad propiamente dicha

En el casco urbano sobresalen las plazas Vieja y Nueva y la llamada Estatua del Fundador José María Brausen; estatua

que, por cierto, suele cambiar de lugar. Desplazamiento que a lo mejor encuentra su explicación en lo siguiente. Cítome:

Agentes de ficciones químicamente puras, frutos sombríos de una imaginación insomne que descrece de la realidad, los personajes onettianos pugnan por una geografía asimismo fantástica. En *El pozo*, Eladio Linacero urde sin sosiego parajes ilusorios: la cabaña en la que se le aparece una adolescente desnuda, una mina de oro en Klondike, la taberna del *Doble trébol* en Alaska (Linacero, sobra decirlo, jamás ha puesto un pie fuera de Montevideo). El abogado Diego E. Aránzuru, de *Tierra de nadie*, padece del mismo vicio que Linacero. Imagina Faruru. "Es una isla ¿cómo voy a decir. A mano derecha, si uno va yendo para Japón, allí por el paralelo 97, 36 grados, 46..." O sea, en ningún sitio del mapamundi. Aunque Aránzuru se atreve a más que su antecesor de *El pozo*. Abandona esposa y despacho y zarpa en pos de su isla (travesía, señoras, señores, que a la postre lo depositará en las arenosas riberas de Santa María). Pero sigue la mata dando. En *Para esta noche*, Luis Ossorio Vignale, político de la oposición, intenta en vano rehuir el terror policiaco desatado en una "capital de provincia" que si bien tiene mucho de Buenos Aires o Montevideo, se adscribe a un orden netamente imaginario. Ahora que corresponde a José María Brausen, personaje de *La vida breve*, poner fin al cautiverio de su raza. ¿Cómo? Refundando el puerto de Santa María. Extraordinaria hazaña. Portento.

De ahí, sospecho, que se desplace de una plaza a otra en la tierra prometida. Gozo. Exhibición. Engolosinamiento.

En el casco urbano se encuentran las principales rúas e instalaciones del gobierno, el comercio, la información y el ocio.

Continuemos el recorrido.

El río

Hasta donde sé jamás bautizado, el río cuenta no obstante con estampas y sucesos que lo hacen tan sanmariano como el suelo firme. Desde Buenos Aires, donde refunda la ciudad porteña so pretexto de un guión cinematográfico, Brausen evócalo:

Miraba el río, ni ancho ni angosto, rara vez agitado, un río con enérgicas corrientes que no mostraba en la superficie,

atravesado por pequeños botes de remo, pequeños barcos de vela, pequeñas lanchas de motor y, según un horario invariable, por la lenta embarcación que llamaban balsa y que se desprendía por las mañanas de una costa con ombúes y sauces, para ir metiendo la proa en las aguas sin espuma y acercándose, balanceándose, al doctor Díaz Grey y a la ciudad donde vivía.

Los sanmarianos son proclives a pintar, si no con colores —no se conoce una pintura sanmariana, al óleo o a la acuarela—, sí con palabras su río sin nombre; el río y lo que éste influye en una de las dolencias patrias: la soledad. Dice por ejemplo Jorge Malabia:

En Santa María, cuando llega la noche, el río desaparece, va retrocediendo sin olas en la sombra como una alfombra que envolvieron; acompasadamente, el campo invade por la derecha —en ese momento estamos todos vueltos hacia el norte—, nos ocupa y ocupa el lecho del río. La soledad nocturna en el agua o a su orilla, puede ofrecer, supongo, el recuerdo, o la nada o un voluntario futuro; la noche de la llanura que se extiende puntual e indomable, sólo nos permite encontrarnos con nosotros mismos, lúcidos y en tiempo presente.

Idea que el propio Malabia retoca en estos términos:

Cuando llega la noche, nos quedamos sin río, y las sirenas que revibran en el puerto se transforman en mugidos de vacas perdidas y las tormentas en el agua suenan como un viento seco entre trigales, sobre montes doblados. Que cada hombre esté solo y se mire hasta pudrirse, sin memoria ni mañana; esa cara sin secretos para toda la eternidad.

Santa María existencialista.

Total: el río comunica Santa María con Buenos Aires y otros puntos; por él arribó a Santa María el navío, la *Flor de mayo*, que trajo a los colonos suizos; por él partió parte de la comisión de eminentes sanmarianos que haría entrega a Onetti, en su departamento madrileño, del archivo que sobrevivió al incendio del puerto. En algún momento, el panorama fluvial lo interrumpe la mole de la Isla de Latorre y su castillo del mismo nombre.

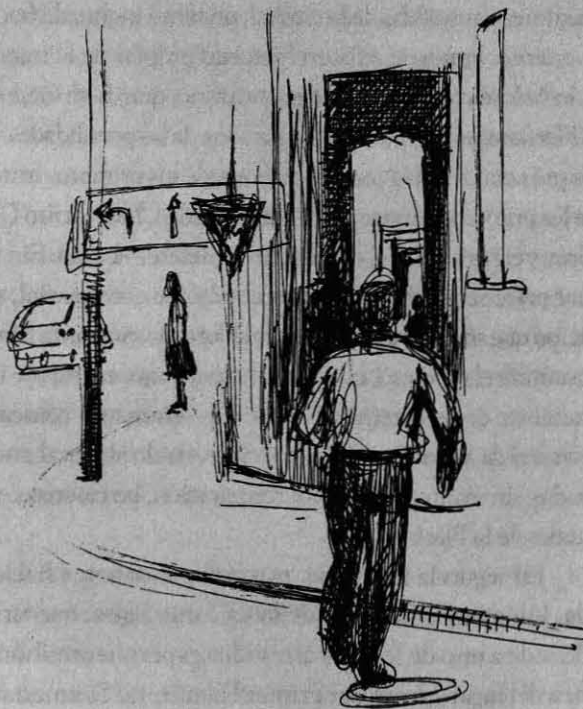
Prosigamos.

El litoral

Una serie de acontecimientos hace, del litoral de Santa María, la zona más visitada por el turismo nacional e internacional. Baste mencionar que aquí se conjuntan: Puerto Astillero, immortalizado en la novela *El astillero*; la Mansión Petrus (que termina siendo la morada definitiva del doctor Díaz Grey); Enduro, barrio por el que comienza el incendio que casi arrasa la ciudad, su escritura; Las Causarinas; Villa Petrus, balneario proyectado por el mismísimo Jeremías Petrus del astillero; La Rinconada; La Casa Celeste, ahí donde Junta Larsen soñó instaurar el burdel perfecto. Esto último se cuenta en *Juntacadáveres*.

La llanura

Recorridos el casco urbano, el río y el litoral, nos internamos en la llanura. Visita vertiginosa. En primera instancia, a la Colonia Suiza: el álter ego de Santa María, una de las



TRIN'00



trini 00

claves —en lengua alemana— de su alma. Asentamiento que florece a espaldas de la ciudad, un tanto inclinado hacia el oriente. Ignoro si existen historias propias de la migración helvética. Consta, por el contrario, que de su viaje en el *Flor de mayo*, de biblias y voluntades, de las penalidades, de las primeras frágiles construcciones, de los primeros frutos, de los primeros intercambios con la ciudad, han escrito Díaz Grey y el periodista —exiliado él también— Lanza. Sin tomar parte en un conflicto tan económico como racial, anticipo que sin los inmigrantes del *Flor de mayo* Santa María ignoraría el progreso, el fanatismo puritano, el empuje imperialista de un Jeremías Petrus. No tendría un balneario como el de Villa Petrus y se habrían venido abajo, abandonadas, sin mantenimiento ni restauración, las casonas coloniales de la Plaza Vieja.

En segunda instancia, nos asomamos a una hacienda, kilómetros adelante de la Colonia Suiza, que sirvió de sede a uno de los más atrevidos experimentos humanos del lugar. Hablo del Primer Falansterio Sanmariano, empresa comandada por dos integrantes de su juventud dorada: Marcos Bergner y Moncha Insaurralde. Aunque pronto fracasó aquella “comunidad cristiana y primitiva basada en el altruismo, la tolerancia, el mutuo entendimiento”.

A la sierra no subimos como nunca, o rarísima vez, ascienden ni los sanmarianos ni los suizos. Eso no obstante contar, en sus alturas, con un Obispado. ¿Cómo? ¿Desde cuándo? ¿Con qué accesos? Lo ignoramos. Insondables, no nada más misteriosos, son los caminos de Brausen y de ese Brausen más alto que Brausen: Onetti.

Estamos casi al final de la jornada.

Cuento que el 23 de febrero de 1979 Santa María, como sucedió con Roma, como sucedió con Londres, se incendia. No es éste el lugar para analizar las causas: accidentales, premeditadas, humanas, divinas. O la alegoría: ¿castigo? ¿purificación? Lo indudable es que la alta luz que avanza sobre la ciudad “apartando con violencia la sombra nocturna”, agazapándose para saltar “con un ruido de grandes telas que sacudiera el viento”, no termina por arrasar las edificaciones. La ciudad sobrevive. Aunque no sin consecuencias y adioses.

A *Dejemos hablar al viento*, donde se consigna, en su página final, el incendio de Santa María, siguen estos títulos: *Presencia y otros cuentos* (1986), *Cuando entonces* (1987) y *Cuando ya no importe* (1993). Numerosos son los avisos de la desaparición definitiva del puerto.

Ya en *Dejemos hablar al viento*, otra ciudad se insinúa protagónica, rival. *Lavanda*, que no es otra que Montevideo. Cuenta Medina, el personaje central de la novela:

Mucho tiempo atrás, cuando todos teníamos veinte años o pocos meses más, cedí a la tentación de ser Dios, absurda, azarosa, y respetando mis límites. Era en Santa María, en un marzo húmedo y caluroso con apenas amagos alharacas de tormenta, como si el tiempo hubiera aceptado la modalidad de los pobladores del otro lado, de Lavanda, río por medio.

Sin embargo, la nostalgia sanmariana de Medina crece página a página. Nostalgia en la que asoma la esperanza. Medina habla de “la promesa de Santa María, del pasado, de un retorno”. En *Lavanda* lo persiguen las imágenes de “balastradas cremas y rosas”; “zaguanes, esquinas, azoteas, muebles, gente, entrañas, rostros” sanmarianos. Sin omitir “el olor lácteo” de la Colonia Suiza.

Una noche de burdel, Medina se topa con Junta, Junta Larsen, *Juntacadáveres* agusanado pero vivo. Santa María,

Brausen, la nostalgia, cobran visos teológicos. Se habla de "libros sagrados" en clara alusión a la obra onettiana. Se citan parajes alusivos de *La vida breve*. Se pone en duda la existencia de Santa María.

Larsen:

"—Brausen. Se estiró como para dormir la siesta y estuvo inventando Santa María y todas las historias. Está claro."

Medina:

"—Pero yo estuve allá. También usted."

Larsen:

"—Está escrito, nada más. Pruebas no hay. Así que le repito: haga lo mismo. Tírese en la cama, invente usted también. Fabríquese la Santa María que más le guste, mienta, sueñe personas y cosas, sucedidos."

Pero no basta. Medina regresa al puerto de Santa María para, paradójicamente, cómplice de los notables del lugar, ponerle fuego.

Si bien en *Cuando entonces* Santa María desaparece del todo devorada, más que por el incendio, ahora por la hegemonía espacial de Buenos Aires y Lavanda; en *Cuando ya no importe*, la postrera novela de Juan Carlos Onetti, se produce un renacimiento no obstante la simplificación del nombre. Santamaría (de un golpe de mano y de voz) en lugar (palabra justísima) de Santa (pausa) María.

Fijo los cambios.

Lavanda ya no es Lavanda sino Monte. Y Buenos Aires es Buenos Aires pese a los cinturones de pobreza que rodean, acercándose, "el gran orgullo fálico del obelisco". Después de errancias en Europa y América, el personaje de *Cuando ya no importe* es contratado para trabajar en una obra a las afueras de Santamaría. El tipo que lo contrata le pregunta si el nombre de Santamaría le es conocido.

He aquí su respuesta: "Le dije que toda América del Sur y del Centro estaba salpicada de ciudades o pueblos que llevaban ese nombre."

A lo que el contratista responde:

"—Ya lo sé. Pero nuestra Santamaría es cosa distinta."

Hora es de finalizar nuestro recorrido. Gracias a *Cuando ya no importe*, última voluntad narrativa de Onetti, mi guía de forasteros sanmariana, en lugar de agostarse, crece, se ensancha con nuevos parajes. Baste mencionar Santamaría Este, y en Santamaría Este, Santamaría Nueva, ni más ni menos que la otrora Colonia Suiza. Ahora:

Una ciudad pujante, volcada al futuro, en constante expansión ... Santamaría Nueva podía considerarse como

una verdadera ciudad. Hijos y nietos de los colonos suizos del otro siglo habían trabajado para que así fuera. Y mientras trabajan, se enriquecen y creaban familias supercatólicas y puritanas que eran poderes que se respetaban sin objeciones.

No extrañe, pues, la observación, mitad herida mitad realista, de que "Santamaría es hoy casi una colonia de la colonia de suizos alemanes. Llegaron con el génesis."

Pero dejemos a otros el análisis de esta rivalidad que augura revanchismo y expropiaciones y expulsiones. Me temo.

Termino diciendo que, si en la última novela de Onetti renace la Santa María natural, territorial, no menos vigorosa es la reaparición de la Santa María sobrenatural, intangible. Se habla, así, de los "libros sagrados" de la saga nunca vista ni oída. Se evoca al linaje de Brausen y a Brausen mismo. Se comenta, con humor socarrón, el incendio de 1979. Y, por interpósita persona, el personaje central, habla el uruguayo Juan Carlos Onetti:

Vi que casi la totalidad de los asuntos refiere a Santamaría y sus acontecimientos. Y cómo misteriosamente y sin ganas de confesarlo, lo único que verdaderamente me importa es esa ciudad, villa o pueblo ... Tal vez regrese algún día de estos a esa ciudad condenada desde su nacimiento a ser provincia, o, peor, ser provinciana, que mucho me interesa sin llegar a quererla demasiado ... Otra vez la palabra muerte sin que sea necesario escribirla. Hay en esta ciudad un cementerio marino más hermoso que el poema. Y hay, o había o hubo allí, entre verdores y el agua, una tumba en cuya lápida se grabó el apellido de mi familia. Luego, en algún día repugnante del mes de agosto, lluvia, frío y viento iré a ocuparlo con no sé qué vecinos. La losa no protege totalmente de la lluvia y, además, como ya fue escrito, lloverá siempre.

Esto aparece en 1993.

Al año siguiente, Onetti fallece en Madrid.

Cierro.

Quizá Santa María fue siempre, siempre será, la ciudad natal: Montevideo, Lavanda, Monte. Transfigurada, desfigurada, imaginaria, repudiada, fatal, letal, mortal, pero a fin de cuentas natal. Quizá. Pero ésta, la última pregunta de una entrevista que tomó unos quince años, ya no pude hacerla al autor de *La vida breve*. ♦